

Bienvenido al paraíso, Ángel Parra

He vuelto a Chile. A la gente que va de prisa no le interesan los detalles, quieren hechos y no palabras, como decía un viejo

político. En el poco tiempo que llevo acá, me doy cuenta de que no se conversa mucho. Si se dialoga, es con la televisión, se aprueba o discute tal o cual situación, “Muestra mucha teta o poco culo”. *Realitis*, culebrones, concursos, jóvenes cantantes que imitan a cantantes extranjeros. Me queda la impresión que hace falta una generación de viejos para que te cuenten la guerra, tal como sucede en Europa.

Tres veces por semana fútbol, la televisión encendida desde la mañana en bancos, servicios públicos, salas de espera, hospitales. Omnipresente, la pantalla chica en casa, y gran consumo de alcohol. El mensaje es, “no piensen, miren la tele, pidan la tarjeta de crédito, tengan las mismas que usan los rostros de sus tiendas favoritas.” Nuestro pasado inmediato queda debajo de la alfombra. Hace falta abrir las ventanas para que entre aire fresco. Falta oxígeno. Habrá que acostumbrarse. La dictadura con su horror ahogo las voces disidentes. Literalmente los arrojaban al mar o a los cráteres de los volcanes. Los tiempos democráticos posteriormente, poco hicieron en materia de revisar a fondo el pasado.

“Chile, la alegría ya viene”. No resultó el truco de recuperar la democracia con un *jingle*. Esos tiempos se acomodaron al

silencio. Los acuerdos, compromisos, componendas, presiones. Las caras pintadas en las calles obligaron a cerrar la boca a quienes los firmaron. En definitiva deformaron la historia para convertirla en un producto que fuera vendible, agradable y juvenil. Que nadie hable de los cheques por miles de millones de pesos del hijo del tirano. No digo nada nuevo, pero hay que decir la verdad: una característica nuestra, *hacernos los huevones* hasta que pase el temporal. Mientras la derecha económica partidaria del dictador, vocifera:

—¡Estos comunistas de mierda salen siempre con el mismo cuento! El pasado, el pasado y los muertos, los desaparecidos, ¡hasta cuándo les aguantamos! ¿Por qué no piensan en trabajar para engrandecer el futuro de la patria?

Cuando ellos hablan del futuro de la patria se refieren a sus negocios. Bancos, compañías de seguros, club de polo y otras menudencias. En definitiva hablan de *su* patria. Los tiempos y la historia van de la mano con los hombres. Sin sutilezas: para el rico bueno; para el pobre malo. Narcotizados por los efectos de la chapa de plomo que pusieron los *padres de la patria*. Tenemos miedo de hablar, de preguntar, y más grande es el temor de esclarecer. Nos conformamos con poquito. A pesar de

mis buenos propósitos iniciales, me queda claro: la política es inevitable.

Los hombres y mujeres de mi generación, aquella que fue diezmada, tenemos en común un cordón umbilical que nos une: el golpe de Estado del 73. Es por eso que todo se me politiza de manera espontánea. La historia es fuerte y amarga entre los que salimos al exilio y los que se quedaron en el país. Ninguno de los dos hermanos separados por la fuerza, olvida el pasado. Cada uno tiene el suyo. Interior y exterior recuerdan de maneras diferentes. Todos sabemos lo que hicimos. Cómo, dónde, cuándo y por qué. Incluso los que no sabíamos hacer nada aún, aparte de escribir panfletos dedicados a la utopía chilena.

—Treinta años buscando, treinta años llorando —dijo la prima Carmen apenas me vio—. No es que no esté emocionada de verte, es que tengo los ojos secos de tanto llorar.

Armando, el marido de mi prima, fue uno de los tantos raptados, asesinados y desaparecidos. Víctimas de la dictadura fuimos todos, no hay familia en este país que no haya sentido el peso y el dolor de un duelo, martirizados por la violencia por ellos ejercida. Por más que quiera no politizar el relato, nuestra historia reciente me alcanza. Se hable de lo que se hable, los temas de derechos humanos aparecen flotando. De la misma manera bajaban los cadáveres por los ríos de Chile.

{.....}

Tampoco debo explicar la diferencia abismal entre el retornado y el residente permanente. El retornado vive de recuerdos y personajes del pasado. El que vivió la dictadura en el interior está al día, maneja su propio caudal de informaciones con las cuales excluye al retornado. No deja de ser una ventaja enorme. El retornado vive en la búsqueda de personas que ya no están: “¿Te acuerdas de Menganita? ¿Qué habrá sido de Fulano? ¿Habrá muerto Perengano?” Solo pasado añejo. ¿Cachai? Una visita al cementerio te pone al día.